

Marea-Dos

SL Lina

Image not found.

Capítulo 1

Toco los restos asquerosos del agua de la pipa. Los empujo y se golpean, juegan, flotan grácilmente.

Soy uno de ellos nadando.

Soy uno de ellos riendo.

Entre el humo, una vez más (ya demasiadas quizá).

Giro, vuelo, bajo y me entierro. Tomo aire, lo contengo, me olvido por momentos de cómo hacerlo. Hasta los pulmones me duelen cuando se agolpan, asustados, huyendo del ritmo del corazón. El pecho se cierra, se esconde en sí mismo, y me hace morir unas dos o tres veces por semana.

Las bocanadas empujan tanto el tórax que se convierten en lágrimas.

Demasiado cobardes las muy idiotas como para salir a ver el sol (o la luz de la luna). Se paralizan y hacen oídos sordos al sentimiento. Se encierran en un futuro obvia y predeciblemente incierto. Se revuelven entre planteos existenciales que sólo obstaculizan el flujo natural de la vida. ¿Qué hacen ahí? ¿Por qué no se animan a mostrarse? ¿Qué implicaría sacarles la correa, sacarlas a correr? Ni haciéndome la gila puedo evadir las respuestas, que me hacen sombra como un ficus sin podar en pleno noviembre.

Mientras, el cerebro mantiene esa frialdad de la cual le gusta alardear; se enorgullece, siempre. Aunque ni siquiera él es perfecto. (Al menos se anima a darle batalla al corazón constantemente. Tensa un hilo entre ambos, que no es elástico, y busca llegar al límite. Ver qué tanto dolor puede causar con su zaña fatalista, cínica. Cínico. Quiere forzarlo a que se desmaye, a que se apague de una vez por todas y deje trabajar tranquila esta máquina que al pedo denomina "cuerpo"). Le da vergüenza admitirlo, como a toda celebridad, pero él también tiene rincones oscuros.

A veces comienza a recorrerlos y se pierde el pelotudo al darse cuenta de que la frialdad de nada sirve en el medio del invierno. Descarta la brújula después de miles de intentos fallidos y sombríos por hacer brillar sus brillantes fórmulas con las que quiere refaccionar el mundo. La vida. Abatido, se deja caer. Se deja llevar y guiar por la soga que le ata el cuello. Es suave, cálida y melódica, casi hipnótica. Vibra, baila y se regodea de forma rítmica. Los tambores que la impulsan repiquetean como...latidos.

Y ahí fue que lo conocí. "Cabeza", "Mente", banda de apodos tenía el loco. Le choqué los cinco y tras ver nuestras esencias nos dimos cuenta de que ninguno de los dos quería ventilar sus problemas. Con resentimiento en los ojos, filípica en la garganta y ansiedad en las manos armamos una pipa y nos pusimos a fumar. Unos, dos; unos pares. Ya ni me acuerdo. Flotamos, tranquilos, dejándonos marear tomados de las manos, entrelazando almas. Y así, en confianza, le empecé a contar uno de mis mambos.